

CHILE 2009/2010: LAS ELECCIONES DE LA ALTERNANCIA

Leticia M. Ruiz Rodríguez
Profesora Contratada Doctora
Universidad Complutense de Madrid

Tras veinte años de gobierno de la coalición multipartidista de centro-izquierda, *Concertación de partidos por la democracia*, el pasado domingo 17 de enero los chilenos eligieron en segunda vuelta al candidato de la derecha *Coalición por el Cambio* (antes *Alianza por Chile*). El recién electo presidente, el político y empresario Sebastián Piñera, llega con un 51,61% de los votos y liderando la coalición que forma su partido, Renovación Nacional (RN), junto con la Unión Demócrata Independiente (UDI), un tercer partido de reciente creación, Chile Primero (CH1), así como dos agrupaciones menores. Con su victoria se produce la primera alternancia democrática, a la vez que significa la llegada de la derecha al Palacio de la Moneda por primera vez en cincuenta y dos años (elecciones de 1958) mediante la vía de las urnas.

Aunque no es una hazaña fácil poner fin a la experiencia de gobierno de la coalición electoral más exitosa y estable de América Latina, los primeros escollos de la carrera presidencial los encontró Piñera en su propia coalición. Hasta su designación como candidato oficial de la *Coalición por el Cambio* nunca había existido un único candidato de la derecha. La negociación con la élite de la UDI, el partido más votado en Chile actualmente, para la cesión del espacio a Piñera entrañaba que olvidaran sus tradicionales enfrentamientos y el mal trago ocasionado por éste en 2005. A pocas semanas de los comicios presidenciales de hace cuatro años, el ahora presidente electo decidió presentarse como candidato forzando a su partido (RN) a retirar el apoyo al hasta entonces único candidato Joaquín Lavín (UDI) a quien, además, derrotaría en la primera vuelta. Aquellas elecciones se le resistieron frente a una exitosa Bachelet que le aventajó en casi ocho puntos en segunda vuelta. Sin embargo, la experiencia le permitió exhibir ante Chile su empuje y sobrados recursos económicos para levantar una candidatura en un breve plazo de tiempo.

Lo primero que se puede destacar es que esta victoria de Sebastián Piñera tiene lugar en un escenario paradójico desde el punto de vista demoscópico. Desde hace meses el anuncio de su triunfo en todos los sondeos de opinión se simultanea con unos elevadísimos niveles de aprobación hacia la presidenta saliente Michelle Bachelet. Por lo tanto, el relevo del *oficialismo* se produce cuando su última presidente tiene el mandato mejor valorado (en torno a un 80% de aprobación) de los cuatro concertacionistas que se han sucedido en este cargo desde 1989. Todo apunta a que el proyecto de la *Concertación*, —que integran el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Partido Socialista (PS), el Partido por la Democracia (PPD) y el Partido Radical Socialdemócrata (PRSD)— se ha visto agotado, no tanto por su contenido, sino por la ausencia de renovación de quienes lo encarnaban para estas elecciones.

La vuelta del ex presidente y demócrata cristiano Eduardo Frei como candidato de la *Concertación* no parece haber ayudado a promover la idea de cambio que el electorado demandaba. Resulta poco creíble que el retorno de este ex, que continúa una tendencia ya vista en países como Perú (Alan García), Costa Rica (Oscar Arias) o Nicaragua (Daniel Ortega), fuera compatible con un proyecto de renovación de su coalición, tal y como declaraba en una entrevista publicada por el diario *El País* el mismo día de las elecciones.

Lo sucedido el pasado 17 de enero muestra que mucho ha cambiado Chile desde las elecciones de 1993 en que Frei se convirtió en primera vuelta en el presidente más votado de la historia del país (58% de los votos). En contraste, están los resultados de esta semana. Aunque se ha producido una remontada respecto de la primera vuelta celebrada en diciembre de 2009 (Frei ha aumentado de un 29,6 % a un 48,38 % de votos) que hace meses era imprevisible, la *Concertación* no ha sabido vender su marca, ni rentabilizar sus éxitos económicos y, para muchos, tampoco elegir bien su envoltorio. A ello se unen algunas malas prácticas y dinámicas clientelares en el reparto de puestos como otras razones de la caída.

No obstante, las raíces de la derrota de la *Concertación* se hunden en la dualidad de candidatos del entorno concertacionista para la primera vuelta. El origen de esta

decisión está en la petición del diputado socialista Marco Enríquez-Ominami de celebrar primarias que dirimieran el candidato oficial de la *Concertación*. En las elecciones de 1993 se realizó el primer ensayo cercano a la primarias que llevó a Frei (frente a Ricardo Lagos) a convertirse en el candidato oficial de la coalición. En las elecciones de 1999 Lagos derrotó a Andrés Zaldívar (PDC) en unas elecciones primarias, en sentido estricto, y, en las elecciones de 2005, las primarias previstas no llegaron a celebrarse. La candidata Soledad Alvear (PDC) se bajó de la competición por la alta popularidad de Bachelet (PS) que se convirtió en la candidata de la Concertación y finalmente fue elegida presidenta de la República. Sin embargo, a diferencia de las prácticas promovidas en el pasado, la petición de Enríquez-Ominami se encontró con las resistencias de la élite de los diferentes partidos de la coalición, incluido el suyo. Respetando los procedimientos internos, aunque contradiciendo su espíritu, los tres principales partidos de la *Concertación* acordaron designar como su propio candidato para las hipotéticas primarias a Eduardo Frei. Ello restó sentido a la celebración de las mismas y provocó una proclamación, prácticamente *de facto*, del demócrata cristiano como el candidato oficial de la coalición.

Ante la designación de Frei, Enríquez-Ominami —más conocido por el acrónimo MEO— abandonó su partido y presentó una candidatura independiente. La rentabilización del conflicto con su ex coalición le hizo ser percibido como una bocanada de aire fresco que amenazaba al *establishment* chileno. Todo ello, finalmente, fragmentó el voto concertacionista por primera vez desde 1989. El 20,13% de votos que logró en la primera vuelta ha probado su capacidad para movilizar a los desencantados con el proyecto concertacionista, tras veinte años de gobierno y algunos escándalos de corrupción, así como a la creciente masa de abstencionistas no inscritos que se identifican con la izquierda. A ello contribuyó el apoyo de algunos partidos de izquierda como el Partido Humanista y del Partido de los Verdes, entre otros, además de las dotes comunicacionales de MEO y la novedad de su mensaje en el Chile actual. Vista en perspectiva, su hazaña supera a la del independiente Errazúriz que consiguió en las

primeras elecciones democráticas (1989) un 15% de votos, quedando por detrás del presidente Aylwin (55%) y de Buchi (29%).

Además de esta división del voto en la primera vuelta, el apoyo de MEO a Frei para la segunda vuelta fue tímido y tardío, dificultando que éste último se convirtiera para el *ballotage* en el único representante del progresismo frente a su rival Piñera. Los análisis post-electorales mediante encuesta tendrán que determinar el destino del voto de los partidarios de Enríquez-Ominami. Hasta que eso suceda se puede adelantar, por aritmética, que una parte de los votos fueron transferidos al candidato que en teoría era más cercano ideológicamente: Frei. Pero, no hay que olvidar que en el 48,38% de votos a Frei se incluyen también las transferencias provenientes del cuarto candidato que competía en la primera vuelta, Jorge Arrate del *Juntos Podemos*. Arrate ha sido ministro en los primeros gobiernos concertacionistas y fue un destacado militante socialista. Su agrupación, que reúne a partidos de la órbita de una izquierda más ideologizada —Partido Comunista de Chile, al Movimiento de Acción Popular Unitaria Obrero Campesino (MAPU-OC) y al Partido Izquierda Cristiana— logró un 6,21% de votos en primera vuelta y mostró un apoyo incondicional a Frei para el *ballotage*.

Dicho todo esto, parece evidente que Frei no capitalizó todos los votos de Enríquez-Ominami y, es una realidad, que Piñera aumentó sus apoyos en casi ocho puntos entre las dos vueltas. Así que, aunque es cierto que el número de votos válidos entre las dos vueltas aumentó en 34.000 votos (entre los que habría partidarios de Enríquez-Ominami), pudiera ser que la movilización de desencantados y abstencionistas por el fenómeno MEO haya contribuido a la victoria de Piñera en la segunda vuelta. Si esta transferencia de apoyos se confirma, una parte del liderazgo de Enríquez-Ominami y de Piñera sería atribuible a un voto más personalista y menos ideológico del que tradicionalmente viene explicando el comportamiento electoral en Chile. No es esta la primera vez que se produce un voto no programático, aunque sí parece que ha sido más alto que en otras ocasiones. Por ejemplo, un pequeño porcentaje de la victoria de Bachelet y su incremento de apoyos entre las dos vueltas tiene su explicación en la soli-

daridad de género más que en criterios ideológicos. Éste es el caso de determinados colectivos como el de mujeres pobladoras.

Este escenario de segunda vuelta habla de un desdibujamiento de los famosos tres tercios (izquierda, centro y derecha) que ahora eran ya cuatro cuartos, al haberse generado un importante sector de abstencionistas. A su vez, de ser ciertas estas transferencias de votos a Piñera desde entornos antes concertacionistas, se podría afirmar que en las primeras elecciones sin Pinochet vivo se ha producido un descenso en la capacidad estructuradora del clivaje autoritarismo/democracia que amalgamó a las dos coaliciones tiempo atrás. Sobre todo cuando, además, la victoria de Piñera ha sido a pesar de los repetidos comentarios y apelaciones de Frei, entre otros, sobre el tinte pinochequista de algunos de los miembros del equipo del candidato de la derecha.

Por otra parte, desde la reforma de la Constitución en 2005 que redujo el mandato presidencial a cuatro años para las elecciones, la primera vuelta de las presidenciales coincide con las Elecciones a Diputados y Senadores. Por ello, el 13 de Diciembre de 2009, a la vez que tenía lugar la primera vuelta de las elecciones presidenciales, se celebraron elecciones parlamentarias. El resultado de estas elecciones ha dejado un panorama de tendencias que se consolidan combinado, al menos, con un gran cambio.

En el lado de las tendencias que se confirman destaca la condición de potente maquinaria electoral que detenta la UDI. Desde las elecciones de 2001, esta organización de derecha es la más votada, logrando colocar a treinta y un diputados (elecciones del 2001), treinta y cuatro diputados (elecciones de 2005) y treinta y siete diputados (elecciones de 2009) y tres independientes que le apoyan. En una pequeña Cámara de Diputados (120 diputados), la UDI es hoy un poderoso actor necesario en muchas ocasiones para sacar adelante la legislación. Todavía en el ámbito de la derecha, el partido de Piñera (RN) ha aumentado sus votos pero disminuido sus escaños (de veinte escaños a dieciocho); por las paradojas que genera un muy desproporcional sistema electoral.

De forma paralela a la UDI, aunque con una suerte de signo inverso, en las filas de la *Concertación* se asiste lentamente al anunciado declive del PDC. Tras la leve

mejora de las elecciones de 2005, la Democracia Cristiana ha quedado relegada al puesto de tercer partido más votado, por detrás de la UDI y de RN. Desciende así el PDC de veintiún diputados a diecinueve diputados. Las luchas internas, así como el desgaste que afecta a todos los partidos de la *Concertación* explican gran parte de esta situación. En esta misma dirección, el estancamiento en los apoyos recibidos por el PPD y PS tiene algo que ver con la presencia de veinte años en el Ejecutivo; pero también se hace eco de las disputas dentro del bloque progresista de la *Concertación* a propósito de la salida de Enríquez-Ominami del socialismo. Especialmente dramáticos han sido estos resultados para el PPD. Hasta ahora era el partido progresista más exitoso en Chile y, por primera vez desde las elecciones de 1997, no sólo no aumenta sus diputados sino que descienden en cuatro (de veintidós diputados en las elecciones de 2005 a dieciocho diputados en las de 2009, aunque dos diputados electos como independientes son simpatizantes de esta agrupación, lo que amortiguará el descenso). Por su parte, el PS ha pasado de quince diputados a once diputados.

Junto a estas tendencias, el gran cambio en las elecciones a diputados de 2009 es la diversificación en la composición de la Cámara que da la bienvenida a dos partidos, uno histórico y otro de reciente creación. Por primera vez desde la transición, pese a que sus apoyos no habían bajado del 5% en anteriores elecciones, acceden tres diputados del Partido Comunista de Chile (PCCH). El otro partido político que se ha hecho con tres escaños es el Partido Regionalista de los Independientes (PRI). Creado en el 2006 mediante la fusión de dos partidos regionalistas (Partido de Acción Regionalista (PAR) y Alianza Nacional de los Independientes (ANI)) el PRI ha sumado en 2009 a algunas personalidades destacadas de la DC, como el histórico líder Adolfo Zaldívar. Este último hecho, que produjo la escisión de un sector “histórico” del joven partido, ha tenido mucho que ver con el positivo rendimiento del partido en sus primeras elecciones a diputados. En las elecciones parlamentarias de 2005 uno de los partidos (PAR) que ahora conforman el PRI consiguió una diputada. Si bien hace dos años ésta se integró a las bancadas primero de RN y luego de la UDI. Sea como fuere, la presencia de estos partidos en la arena parlamentaria es especialmente meritoria al ser fuera

del paraguas de una coalición y bajo un sistema electoral que alienta la competición coordinada de esfuerzos vía pactos electorales. No obstante, en el caso del comunismo cabe señalar la existencia de un pacto electoral instrumental con la *Concertación*, denominado pacto contra la exclusión, que ha facilitado su llegada al parlamento. Basado en un sistema de omisiones recíprocas, la *Concertación* cedió cinco cupos al PCCH y éste, a su vez, se omitió en los distritos electorales en donde la presencia de sus militantes, podía dispersar la oferta del mundo progresista.

Una lectura de estos resultados en clave coalicional muestra que la *Concertación* y la *Coalición por el Cambio* han reducido sus distancias en número de diputados. Además, esta es la primera vez desde 1989 en que la coalición de derecha es la que más diputados tiene (cincuenta y ocho frente a cincuenta y cuatro). No obstante, la presencia de tres diputados comunistas ayudará a equilibrar esta balanza, confiriendo a los tres diputados del PRI y a dos diputados independientes un papel decisivo en los procesos de votación.

En cuanto a las elecciones a senadores la anteriormente mencionada reforma de la Constitución (2005) puso fin a los senadores designados y vitalicios que el régimen pinochetista había establecido. Estos senadores, que no eran electos por votación popular, inclinaban la balanza hacia los partidos de derecha, a la vez que garantizaban la inmunidad de Pinochet como senador vitalicio. Las elecciones de 2005 fueron las primeras en las que todos los senadores accedieron a su cargo por votación popular. Ello contribuyó a que la *Concertación* consiguiera ser la más representada en ambas cámaras. Tras la renovación de la mitad de la cámara de senadores que han supuesto esta elecciones de 2009, la *Concertación* mantiene su condición de coalición mayoritaria en el Senado (diecinueve senadores de la *Concertación* frente a dieciséis de la *Coalición por el Cambio*), aún contando con las inclinaciones de los senadores independientes y fuera de las coaliciones (que aumentan en uno y dos, respectivamente los apoyos a la *Concertación* y a la *Coalición por el Cambio*).

La cita electoral del 2005 fue retratada por la mayoría de los analistas como llena de continuidades con la única gran novedad del acceso de una mujer a la presiden-

cia de la República. En contraste, las elecciones que ahora han finalizado abren en Chile una nueva etapa en su historia reciente. La era Piñera comienza a partir de su investidura en marzo de este año, pero los ciudadanos ya han hablado. Chile ha experimentado un viraje a la derecha escenificado por la derrota del candidato de la *Concertación* y por el descenso en su nivel de apoyos en las elecciones a diputados. La próxima cita en las elecciones municipales (dentro de dos años) confirmará o negará este movimiento a la derecha. Hasta entonces la *Concertación* comienza su primera experiencia fuera del Ejecutivo en la que aprenderá a hacer oposición. Piñera, por su parte, tendrá que gobernar con dos cámaras donde las opciones de centro-izquierda y de derecha están bastante igualadas; aunque un puñado de diputados pueden inclinar la balanza hacia la derecha. Y donde, además, la UDI hará valer su peso parlamentario (domina un tercio de la cámara de diputados) reclamando cupos para su partido en el nuevo Gabinete.

Madrid, 25 de enero de 2010